



Semana de Pastoral 2010 (II)

El profeta Ezequiel ha resaltado en el capítulo 18 la responsabilidad moral personal y ha enseñado: *“El que peca es el que morirá. El hijo no cargará con la culpa del padre, ni el padre con la del hijo.”* (Ez 18, 20). *“Yo juzgaré a cada cual según su comportamiento”* (Ez 18,30). Y, de forma coherente, ha concluido esta enseñanza con la invitación a la conversión de parte de Dios: *“Apartad de vosotros todos los pecados que habéis cometido contra mí, renovad vuestro corazón y vuestro espíritu... Convertíos y viviréis”*. (Ez 18, 31-32). Era, pues, el hombre mismo, cada israelita, quien debía ser el artífice de su conversión.

Ahora, en el capítulo 36, enseña Ezequiel que es Dios mismo quien rehace al hombre y a Israel; de Dios viene la iniciativa y la realización de la renovación del hombre. Promete el profeta: *“Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo... y haré... que guardéis y cumpláis mis mandatos”*.

Todo el texto hoy leído resalta la iniciativa y la acción salvadora de Dios. Ha comenzado diciendo: *“Yo os reuniré de todos los países, y os llevaré a vuestra tierra”*, de la misma manera que en el capítulo 11 se había anunciado su acción de justicia y castigo: *“Os sacaré fuera de la ciudad, os entregaré en poder de extranjeros, y haré justicia con vosotros... y sabréis que yo soy el Señor”*(Ez 11, 9-10).

La enseñanza de Ezequiel sobre la renovación del corazón y el espíritu del hombre por la gracia de Dios se asemeja a la promesa de Jeremías (31, 31-34) sobre la nueva alianza. Jeremías había afirmado con crudeza: *“¿Puede cambiar un etíope el color de su piel, o un leopardo sus manchas? Y vosotros, habituados al mal, ¿podréis hacer el bien?”*(Jer 13,23). *“El pecado de Judá está escrito con estilete de hierro, con punta de diamante está grabado en la tabla de su corazón y en los ángulos de sus altares”* (Jer 17, 1). Por ello, será necesario que en los días venideros los mandamientos de Dios sea grabados en lo más profundo de su ser: *“Esta será la alianza que haré con el pueblo de Israel después de aquellos días... Pondré mi ley en su interior; la escribiré en su corazón; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Para instruirse no necesitarán animarse unos a otros diciendo: Conoced al Señor, porque me conocerán todos, desde el más pequeño hasta el mayor, oráculo del Señor. Yo perdonaré su maldad y no me acordaré de sus pecados.”* (Jer 31, 32-34).

Tanto Jeremías como Ezequiel han llegado a la conclusión de que el hombre, por sí mismo, es incapaz de seguir los caminos propuestos por Dios, de responder a la invitación de Dios a vivir en comunión con él y convertirse. También Oseas ha seguido el mismo proceso y transmite esta promesa de Dios: *“Yo sanaré su infidelidad”* (Os 14, 5). Así pues, según los profetas, la conversión es obra de Dios. Por ello, Israel suplica en la oración: *“Conviértenos...”* (Sal 80, 4).



La consecuencia de la acción salvadora de Dios es el hecho de que Israel reconocerá y pondrá en práctica, por fin, las leyes y los mandamientos del Señor. Así se hará realidad, en la verdadera comunión de Dios con su pueblo, la antigua fórmula de la alianza: *“Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios.”*

La nueva alianza prometida se ha cumplido en la muerte y resurrección de Cristo; en su nueva Pascua, en la que nosotros participamos por el bautismo y la eucaristía. Las promesas de Ezequiel las ha hecho realidad Jesús para nosotros al hacernos renacer del agua y del espíritu para la vida nueva en el Reino de Dios (cf Jn 3,5).

En consecuencia, hoy debo exhortaros a responder a las promesas de la primera lectura haciendo nuestra la acción de gracias al Padre, *“que os ha hecho dignos de compartir la herencia de los creyentes en la luz. Él es quien nos arrancó del poder de las tinieblas, y quien nos ha trasladado al reino de su Hijo amado, de quien nos viene la liberación y el perdón de los pecados.”* (Col 1, 12-14). Y ampliamos nuestra bendición a Dios con las palabras de la carta a los Efesios: *“Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo para que fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia. Llevado de su amor, él nos destinó de antemano... a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, para que la gracia que derramó sobre nosotros, por medio de su Hijo querido, se convierta en himno de alabanza a su gloria.*

Con su muerte, el Hijo nos ha obtenido la redención y el perdón de los pecados... Él nos ha dado a conocer sus planes más secretos, los que había decidido realizar en Cristo, llevando la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra... Así nosotros, los que tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, seremos un himno de alabanza a su gloria.

Y vosotros también... al creer en Cristo habéis sido sellados por él, con el Espíritu Santo prometido... para ser un himno de alabanza a su gloria.” (Ef 1, 3-14).

Según este himno de bendición, de estructura trinitaria, la obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se hace real en nosotros cuando nuestra vida es un himno de alabanza a su gloria. Con esta frase, repetida tres veces, termina cada una de las partes del texto.

¿En qué forma hemos de ser un himno de alabanza a la gloria de Dios? El Evangelio de Mateo nos ha dado una respuesta primera, al afirmar: *“Vosotros sois la luz del mundo... Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria al Padre que está en los cielos.”* (Mt 5, 14.16).

En el texto hoy leído de la carta a los Romanos encontramos otra respuesta con matices distintos, cuando Pablo nos exhorta a presentar nuestros cuerpos *“como hostia viva, santa, agradable a Dios”,* y añade que éste es nuestro *“culto razonable”*. Discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto, para vivir sin ajustarse a este mundo, sino transformados por la renovación de la mente, en la caridad verdadera, en el trabajo y el servicio al Señor y a los hermanos, en la esperanza, en la alegría y fortaleza en la tribulación, y en la oración asidua, hace de nuestra vida una



hostia viva ofrecida a Dios como sacrificio santo, como culto razonable a Dios y como himno de alabanza a su gloria.

Este estilo de vida es el fruto perdurable que el Señor nos ha encomendado dar en medio del mundo. Dice Jesús: *“Yo os he elegido del mundo, para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto perdure”* (Jn 15,16). Esta forma de vida es un modo de hacer fructificar los talentos que Dios nos ha dado.

La parábola de los talentos integra en armonía los dones recibidos de Dios, también y sobre todo su gracia para la vida nueva en Cristo, y la responsabilidad personal en el cuidado de esos dones, para que den fruto abundante.

La comprensión de la parábola se facilita teniendo en cuenta el contexto en el que se encuentra en el Evangelio de Mateo. Se halla en el capítulo 25, en unidad narrativa con el capítulo 24. Ambos capítulos se refieren a la venida del Hijo del Hombre y al fin del mundo, que requieren la vigilancia de los discípulos, *“porque no sabéis qué día llegará vuestro Señor”* (Mt 24, 42). En el capítulo 25, inmediatamente antes de la parábola de los talentos, se narra la parábola de las diez vírgenes que esperan con sus lámparas la llegada del esposo. E inmediatamente después se encuentra el relato del juicio final. La parábola de los talentos muestra así que estar preparado para la venida del Hijo del Hombre es hacer buen uso de los dones de Dios.

El Hijo del Hombre se va a marchar pronto, dejando a los discípulos encargados de llevar a cabo la misión que él había comenzado. A cada uno se le da responsabilidad según su capacidad; en todo caso, el Señor da un inmenso don. En efecto, un talento era una suma muy grande de dinero: el equivalente a seis mil denarios; y un denario era el salario de un día para un trabajador.

La entrega inicial de los bienes a los empleados expresa la eficacia del reino de Dios, que es pequeño como un grano de mostaza y crece hasta convertirse en un árbol. La rendición de cuentas expresa la fidelidad y responsabilidad en todo lo que Dios nos ha confiado y es como una metáfora del juicio universal. Igualmente hay que tener en cuenta el aspecto ejemplar de la buena administración de los dos primeros empleados, como la actitud negativa de la conducta del empleado negligente y holgazán, que tuvo miedo y enterró el dinero de su Señor.

El tercer empleado ha sido interpretado como el tipo de las personas que rehúsan asumir la responsabilidad y la cargan sobre los otros; o como las personas que en su afán de seguridad, por temor a hacer algo mal, no emprenden nada. La parábola sería, en este aspecto, una exhortación a superar el poder paralizante del miedo; pretende ganar a los oyentes para un obrar animoso y sin temor ante el juicio venidero. En el contexto global de la enseñanza de Jesús sobre el reino de Dios, se podría decir que es una exhortación al amor que no tiene miedo al riesgo.



Carlos López Hernández

Los talentos significan no sólo las diferentes capacidades humanas. La Iglesia antigua refirió los talentos a la misma palabra de Dios y también a la diversidad de carismas de los miembros del único cuerpo de Cristo, en el sentido del capítulo 12 de la carta a los Corintios. Los dones recibidos del Señor llevan consigo tareas que él encomienda en la comunidad. Recordemos el texto hoy leído de la carta a los Romanos: *“Somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros. Los dones que poseemos son diferentes, según la gracia que se nos ha dado, y se han de ejercer así: si es la profecía, teniendo en cuenta a los creyentes; si es el servicio, dedicándose a servir; el que enseña, aplicándose a enseñar; el que exhorta, a exhortar; el que se encarga de la distribución, hágalo con generosidad; el que preside, con empeño; el que reparte la limosna, con agrado.”*

La eucaristía es la fuente donde día a día, en la escucha de la Palabra de Dios y en la comunión del Sacramento de Cristo, se actualiza la recepción de los talentos. Y a la Eucaristía hemos de llevar como ofrenda los frutos que los dones de Dios han dado en nuestra vida, al servicio de los hermanos en la Iglesia y en el mundo. Así toda nuestra existencia va adquiriendo forma eucarística, es decir, que el misterio celebrado en la Eucaristía es principio de vida nueva en nosotros y configura nuestra existencia como vida en Cristo. De esta manera, los fieles cristianos vamos adquiriendo una experiencia más viva y profunda de la relación entre la Eucaristía y la vida cotidiana.

Y desde esta experiencia de vida eucarística somos hechos capaces de anunciar el misterio pascual de Cristo, presente en la Eucaristía, como ofrecimiento de salvación para todo hombre. El impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana. Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera que ofrece al mundo lo que necesita: el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a los demás. Es muy hermoso y urgente llevar a los niños, adolescentes y jóvenes al encuentro con Cristo en la Iglesia.

De la Eucaristía brota la comprensión de la Iglesia como misterio de comunión para la misión, que los cristianos hemos de adquirir mediante la adecuada formación. En efecto, la formación se ordena a ayudarnos a descubrir la forma de la propia vocación a la perfección en Cristo y a estar dispuestos a vivirla en el cumplimiento de la propia misión en la Iglesia y en el mundo.

Cada celebración eucarística hace actual el don de la propia vida que Jesús ha hecho en la Cruz por nosotros y por el mundo entero. A quienes recibimos este don en la Eucaristía, Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así en la Eucaristía el servicio de la caridad para con el prójimo y la motivación del compromiso social.

La Eucaristía es sacramento de comunión entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo. Sólo esta constante tensión hacia la reconciliación permite comulgar dignamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo. La Eucaristía apremia a los que



Carlos López Hernández

están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia.

El cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente la propia responsabilidad política y social. Para que pueda desempeñar adecuadamente sus cometidos hay que prepararlo mediante una educación concreta a la caridad y a la justicia. Por eso, es necesario promover la doctrina social de la Iglesia y darla a conocer en las diócesis y en las comunidades cristianas.

Al concluir esta Semana de Pastoral, traemos al altar los frutos que ha producido en cada uno de nosotros y los ofrecemos al Señor como sacrificio de amor, junto con todos los talentos con que él ha enriquecido nuestra existencia y la ha convertido en himno de alabanza para su gloria. Que el Señor acepte nuestra ofrenda de amor y la haga perfecta, para que el amor de Cristo venza en nosotros todo miedo al riesgo, al compromiso apostólico, al servicio de la caridad, al testimonio público de la fe, y nos de la fortaleza necesaria para compartir con alegría sus sufrimientos.